Pilar Rahola

Unos jóvenes sabios

Se trataba de una entrevista. Un centro educativo, decenas de jóvenes en una sala, preguntas preparadas con anterioridad y, al final, una charla distendida donde el entrevistado aprende más que los entrevistadores. Los jóvenes del centro debían de tener los mismos anhelos que cualquier joven, los amores, los miedos, el túrmix de sentimientos que tritura el alma en la adolescencia. Algunas chicas se ruborizaron cuando fue pronunciado el nombre de un periodista con el guapo subido, y ellos hicieron lo propio con alguna famosa ídem. No faltó ninguna pregunta, la vida, la política, los sentimientos, el periodismo... Incluso se atrevieron a entrar en la vereda tortuosa de algún conflicto internacional y si algo quedaba a medias, repreguntaban impacientes. Los hubo que debatieron y otros mostraron su pasión en los temas que más les implicaban. Al acabar, la sala rebosaba en profundidad tanto como brillaba en humanidad, y personalmente tuve la extraordinaria sensación de haber compartido mi tiempo con gente muy sabia. Uno de esos raros momentos en los que percibimos, con nítida claridad, que estamos creciendo por dentro.

Uno de esos momentos en los que percibimos, con claridad, que estamos creciendo por dentro

Se trataba de una entrevista, pero era una entrevista distinta. Los jóvenes que me flechaban a preguntas estudian en la Fundació Privada Canigó, un centro para alumnos con discapacidad psíquica que, además de dar educación, también es titular de un centro ocupacional, de la Bugadería Canigó, que da servicio a hospitales de la zona y de una *llar-residència*. Estudios, pues, pero también trabajo y, con el trabajo, la oportunidad de poder tener una vida autónoma, más allá de sus dificultades. Escuchando sus preguntas, riendo con sus risas y, sobre todo, dejándome llevar por su penetrante sentido de la vida, aprendí mucho más de lo que aprendo en los libros, en los debates, en mis propias interrogaciones. Ciertamente, estos jóvenes son distintos, porque en los estándares de la humanidad, sus niveles de competitividad intelectual están por debajo de lo considerado *normal*. De ahí su discapacidad, es decir, sus dificultades para llegar a la misma capacitación intelectual que el resto. Pero será gracias a Dios o a la naturaleza, o vayan ustedes a saber si ambos dos, lo cierto es que allí donde no llega el estándar de inteligencia llega un sentido agudo de las emociones, cuya fuerza estalla más allá de toda convención. Pura, intensa, profunda sensibilidad. En uno de los poemas de Navidad que ilustran la revista *Canigó* de diciembre pasado, uno de estos jóvenes, José Antonio Iglesias, escribe: "La Navidad es tan bella/como el reflejo de las estrellas./Cuando miro al cielo / Los ojos brillan como el hielo".

¿Cabe más inteligencia emotiva en la discapacidad intelectual de este joven? Y al final, ¿qué es la inteligencia, descubrir el resultado de un teorema o saber cómo brillan los ojos cuando miramos al cielo?